

Por lo demás, no pretendo defenderme. Mi obra me defenderá. Es una obra verdad, la primera novela sobre el pueblo, que no miente y que, por decirlo así, huele á pueblo. Y no se deduzca de ahí que el pueblo entero es malo, porque mis personajes no son malos, son ignorantes y están corrompidos gracias al rudo trabajo y á la miseria en que viven. Preciso sería leer mis novelas, comprenderlas y abarcar con claridad su conjunto antes de emitir los juicios grotescos y odiosos que sobre mi persona y sobre mis obras circulan. ¡Ah, si se supiese cuánto no se ríen mis amigos de la estupefaciente leyenda con que se divierte á la multitud! ¡Si se supiese hasta qué grado el bebedor de sangre, el novelista feroz es un digno burgués, un hombre consagrado al estudio y al arte, que vive cuerdamente en su rincón, y cuya ambición sola consiste en dejar una obra tan amplia y tan duradera como le sea dable! No desmentiré conseja alguna; trabajo y me remito al tiempo y á la buena fe pública para que se descubran al fin mis intenciones, bajo el montón de las necesidades sobre mí hacinadas.

EMILIO ZOLA

\*\*\*\*\*

## L' ASSOMMOIR

---

### I

Gervasia había esperado á Lantier hasta las dos de la madrugada. Después, tiritando por haber permanecido en camisa al aire frío de la ventana, habíase adormecido, echada en la cama, calenturienta, bañada en llanto sus mejillas. Desde hacía ocho días, al salir del «Veau à deux têtes», donde comían, la mandaba irse á acostar con los niños y no aparecía en casa sino muy avanzada la noche, pretextando que andaba en busca de trabajo. Aquella noche, y mientras espía-ba su regreso, creyó Gervasia haberle visto entrar en el baile del «Gran Balcón», cuyas diez ventanas resplandecientes lanzaban una sábana de luz sobre la oscura entrada de los bulevares exteriores; y en pos de él, había percibido á la Adelita, una bruñidora que comía en el mismo restaurant que ellos, caminando á cinco ó seis pasos de distancia, colgantes las manos, como si acabaran de desprenderse de su brazo, para no pasar juntos bajo la cruda claridad de los globos de la puerta.

Las cinco serían, cuando despertó Gervasia, entumecida, los riñones doloridos, y prorrumpió en llanto. Aún no había vuelto Lantier. Por vez primera, no dormía en casa. Permaneció sentada á la orilla de la cama, bajo el jirón de descolorida cretona que pendía del arco atado al techo por un bramante. Y, lentamente, sus ojos, nublados por el llanto, recorrían la miserable

habitación, amueblada con una cómoda de nogal, faltá de un cajón, tres sillas de paja y una mesita grasienta sobre la cual yacía un jarro de agua desportillado. Habíase agregado, para los niños, una cama de hierro, colocada delante de la cómoda y que llenaba las dos terceras partes de la habitación. La maleta de Gervasia y de Lantier, abierta en un rincón, mostraba sus flancos vacíos, un sombrero viejo de hombre en el fondo, sepultado bajo un montón de camisas y calcetines sucios; en tanto que, á lo largo de las paredes, sobre el respaldo de los muebles, colgaba un chal agujereado, un pantalón rozado por el barro, últimas prendas que hasta los traperos despreciarían. En el centro de la chimenea, entre dos desapareados candeleros de zinc, había un paquete de papeletas del Monte de Piedad, de color rosa claro. Y era la mejor habitación del hotel, la del piso primero, con vistas al bulevar.

Entretanto, acostados uno al lado del otro y reposando sus cabezas sobre la misma almohada, dormían los dos niños. Claudio tenía ocho años, sacaba sus manecitas fuera de la sábana y respiraba lentamente, mientras que Esteban, que sólo contaba cuatro años, sonreía, rodeando con su brazo el cuello de su hermano. Al fijar la madre en ellos su mirada anegada en lágrimas, tuvo una nueva crisis de sollozos. Tapóse la boca con un pañuelo para sofocar los ligeros gritos que se le escapaban. Y, descalzos los pies, sin pensar en ponerse los caídos zapatos, volvió á ponerse de codos en la ventana, reanudando su espera de la noche, interrogando las aceras, á lo lejos.

El hotel se hallaba sito en el bulevar de la Chapelle, á izquierda de la barrera Poissonnieres. Era una casucha de dos pisos, pintada su fachada, hasta el segundo, de color de heces de vino, con persianas carcomidas por la lluvia. Por encima de un farol de vidrios rotos, conseguíase leer entre las dos ventanas: «Hotel Boucœur, á cargo de Marsoullier», en grandes letras amarillas, deterioradas en parte por las desquebrajaduras del yeso. Gervasia, á quien el farol estorbaba en su investigación, alzábale sobre las puntas de los pies, sin separar de sus labios el pañuelo. Ora miraba hacia la derecha, por la parte del bulevar de Rochechouart,

donde se agrupaban los carniceros, provistos de sus sangrientos delantales, delante de los mataderos; y el viento, por aquella dirección, aportaba á ráfagas una hediondez, olor nauseabundo de reses muertas. Ora miraba á izquierda, siguiendo con la vista un largo cordón de avenida, deteniéndose, casi enfrente de ella, ante la masa blanca del Hospital de Laribossiere, á la sazón en construcción. Lentamente, de uno á otro extremo del horizonte, recorría la muralla del resguardo, tras de la cual oía á veces durante la noche, ayes de asesinados, y escudriñaba las esquinas recónditas, los más sombríos rincones, ennegrecidos por la humedad y la basura, temiendo descubrir el cuerpo de Lantier, agujereado el vientre á cuchilladas. Cuando alzaba los ojos, más allá de esa muralla gris é interminable que circuía la villa, percibía un gran resplandor, una polvareda de sol, acompañada ya del susurro matinal de París. Mas siempre volvía á la barrera Poissonnieres, alargado el cuello, dándole un vértigo al ver pasar, entre las dos rechonchas casillas del resguardo, el continuo oleaje de hombres, de animales y de carretas que descendía de las alturas de Montmartre de la Chapelle. Era aquello un pataleo de ganados, una muchedumbre que, detenida bruscamente, se extendía en pantanos sobre el arroyo, un desfile sin fin de obreros encaminándose al trabajo, con sus herramientas á la espalda y su pan debajo del brazo; y la baraunda se sumergía en París donde se anegaba, continuamente. Cuando Gervasia, entre toda esa multitud, creía reconocer á Lantier, inclinábale atrevida fuera de la ventana, á riesgo de caer; después apoyaba con mayor violencia su pañuelo contra los labios como para reprimir su dolor.

Una voz alegre y juvenil le obligó á abandonar la ventana.

—¿No está el patrón en casa, señora Lantier?

—No, señor Coupeau—respondió procurando sonreír.

El recién venido era un plomero que ocupaba en el piso alto del hotel, un cuarto de diez francos de alquiler. Llevaba su morral á la espalda. Viendo, al

bajar, la llave en la cerradura, había penetrado, como amigo, en la habitación.

—Ya lo sabéis—continuó;—trabajo ahí enfrente, en el Hospital... ¡hermoso mes de mayo! ¿verdad? Pica... pica fuerte esta mañana.

Y contemplaba el rostro de Gervasia, que el llanto enrojeciera. Cuando vió que la cama estaba sin deshacer, meneó la cabeza; después, llegóse junto al lecho de los niños que continuaban dormidos con su rosada faz de querubines, y bajando la voz:

—¡Vaya! el patrón no se porta bien, por lo visto... No os desconsoléis, señora Lantier. La política le ocupa mucho: el otro día, cuando se votó en favor de Eugenio Sue, buen sujeto, según dicen, estaba hecho un loco. Tal vez haya pasado la noche en compañía de amigos hablando mal de ese crápula de Bonaparte.

—No, no—murmuró Gervasia haciendo un esfuerzo;—no es lo que pensáis. De sobra sé dónde está Lantier... También tenemos nosotros nuestras desazones, como todo el mundo. ¡Dios mío!...

Coupeau guiñó un ojo demostrando que no se dejaba engañar por aquel embuste. Y partió, después de haberse ofrecido á subir la leche, si Gervasio no quería salir. Era Gervasia una buena y hermosa mujer, que podía con toda seguridad contar con él, el día en que se encontrase apurada. Cuando se hubo alejado, volvió ella á asomarse á la ventana.

En la barrera continuaba el patear de los ganados, en el frío de la mañana. Distinguíanse los cerrajeros por sus mandiles azules; los albañiles por sus chaquetas blancas, y los pintores por sus gabanes debajo de los cuales aparecían largas blusas.

Esta muchedumbre, de lejos, presentaba un aspecto confuso, un matiz neutro, donde dominaban el azul descolorido y el gris sucio. De vez en cuando, deteníase un obrero, encendía su apagada pipa mientras que á su lado pasaban otros, sin dirigir una sonrisa ni una palabra á su compañero: todos con las mejillas terrosas, la faz dirigida hacia París que, uno á uno, los devoraba por la anchurosa boca del arrabal Poissonnières. A la puerta de los dos taberneros que en aquel momento abrían sus establecimientos, algunos afloja-

ban el paso; y antes de entrar, parábanse en el extremo de la acera, dirigiendo miradas oblicuas á París con los brazos flojos, predisuestos ya á un día de holganza. Una vez ante los mostradores, ofrecíanse los grupos rondas, olvidándose de sí propios, en pie, llevando las salas, escupiendo, tosiendo, aclarándose el gaznate á fuerza de copas.

Gervasia atisbaba, á izquierda de la calle, la taberna del tío Colombe, donde creía haber visto á Lantier, cuando una mujer regordeta, con la cabeza descubierta y puesto el delantal, la interpeló desde mitad del arroyo.

—¡No estáis poco madrugadora, señora Lantier! Gervasia se inclinó.

—¡Calla!... ¿sois vos, señora Boche?... ¡Ah! ¡Tengo tanto que hacer hoy!

—Sí, ¿verdad? Y además, las cosas no se hacen por sí solas.

Y entablóse una conversación desde la ventana al arroyo. Era la señora Boche portera de la casa cuyos bajos ocupaba el restaurant del «Veau a deux têtes». A menudo Gervasia había esperado á Lantier en la portera para no sentarse sola á la mesa en compañía de todos los hombres que solían comer á su lado. La portera refirió que iba á dos pasos de allí, á la calle de la Charbonnière, para encontrar todavía en la cama á un empleado, de quien su marido no podía cobrar el arreglo de una levita. Después habló de uno de sus inquilinos que, la víspera, había entrado en su cuarto con una mujer, y que no dejaron dormir á los vecinos hasta las tres de la madrugada. Y, á la vez que charlaba, analizaba el rostro de la joven, con curiosidad aguda; diríase que al iniciar su conversación, sólo la indujera el deseo de «saber».

—¡Qué! ¿Todavía está acostado el señor Lantier?—preguntó bruscamente.

—Sí, aún duerme—contestó Gervasia, ruborizándose á su pesar.

La señora Boche vió que las lágrimas comenzaban á bañar los ojos de la joven; y satisfecha, sin duda, alejábbase tratando á los hombres de maldecidos haraganes, cuando volvió á desandar unos pasos, gritando:

—¿Pensáis ir al lavadero esta mañana?... Tengo que lavar algunos trapos; os guardaré sitio á mi lado y luego, cual movida por súbita compasión:

—¡Pobrecilla! ¡cuánto mejor haríais no estando en la ventana! Vais á coger algún dolor... Estáis amoratada.

Gervasia se aferró todavía á la ventana durante dos horas mortales, hasta las ocho. Ya estaban abiertas las tiendas. Había cesado el oleaje de blusas descendiendo de las alturas; únicamente algunos rezagados franqueaban la barrera á grandes zancadas. En las tabernas los perezosos, en pie, continuaban bebiendo; tosiendo, escupiendo. A los obreros habían subseguido las obreras, las bruñidoras, las modistas, las floristas; arrebujándose en sus delgadas vestiduras, trotando á lo largo de los bulevares exteriores; caminaban en grupos de tres ó cuatro, charlaban vivamente, sembrando á su alrededor alegres sonrisas y relucientes miradas; de vez en cuando, alguna, sola, delgada, pálida, seguía la muralla del resguardo, evitando los montones de basura. Después, pasaron los empleados, soplándose los dedos, comiéndose su panecillo de un sueldo sin detener el paso; jóvenes unos enflaquecidos, con los pantalones cortos por demás, entornados los ojos y nublados todavía por el sueño; viejos otros arrastrando los pies al andar, verdosa la faz, desgastada por luengas horas de oficina, consultando su reloj para concertar su paso con el tiempo de que disponían aún. Y los bulevares habían recobrado su pacífico aspecto matinal; los rentistas de la vecindad paseábanse al sol; las madres, sin peinar, sucios sus vestidos, mecían en sus brazos á sus rorros, cuyos pañales iban cambiando á medida que lo requerían; mientras que un tropel de chiquillos, con los mocos colgando, á medio vestir, golpeábanse, arrastrábanse por el suelo entre chillidos, risas y llantos. Entonces creyó ahogarse, presa de un vértigo de angustia, próxima á desesperar; parecía que todo había concluido, que el fin del mundo era llegado y Lantier no volvería. Su vago mirar erraba desde los antiguos mataderos ennegrecidos por sus matanzas y su hediondez, hasta el hospital nuevo, pálido, que mostraba, á través de los hue-

cos todavía abiertos de sus ventanas, las desnudas cuerdas donde la muerte debía residir más adelante. Enfrente de ella, por detrás de la muralla del resguardo, el cielo brillante, la salida del sol que se agrandaba por cima del despertar enorme de París, la deslumbraba.

Sentada estaba en una silla, colgantes sus brazos, sin llorar ya, cuando Lantier entró tranquilamente.

—¡Eres tú! ¡eres tú!—exclamó intentando arrojarse á su cuello.

—Sí; soy yo ¿y qué?—repuso él.—¿Vas á empezar con tus necedades, tal vez?

Y la apartó de sí. Después, con un gesto de mal humor, lanzó al vuelo su sombrero de fieltro negro sobre la cómoda. Era un mozo de veintiseis años, bajito, muy moreno, de linda presencia, pequeño bigote, el cual siempre estaba retorciendo con un movimiento maquinal de la mano. Vestía blusa de obrero sobre una vieja levita manchada, abotonada, y al hablar se le notaba un marcadisimo acento provenzal.

Gervasia, aplomada en su silla, quejábase dulcemente, con cortas frases.

—No he podido pegar los ojos... Creí que te habían dado un mal golpe... ¿Dónde has ido? ¿dónde has pasado la noche?... ¡Dios mío!... No vuelvas á hacerlo... Me volvería loca... Di, Augusto, ¿dónde has ido?

—¡Donde tenía que hacer, pardiez!—contestó él encogiéndose de hombros.—A las ocho estaba en la Glaciere, en casa de ese amigo que debe montar una fábrica de sombreros. Se me pasó el tiempo. Entonces he preferido acostarme... Además, ya tú sabes que no gusto que me espíen. ¡Déjame en paz!

La joven volvió á sollozar. Las voces, los bruscos movimientos de Lantier, que removía las sillas, acababan de despertar á los niños. Incorporáronse éstos, semidesnudos, desenredando sus cabellos con sus manecitas; y oyendo llorar á su madre, exhalaron gritos terribles, llorando ellos también con sus apenas entreabiertos ojos.

—¡Ya tenemos música!—gritó furioso Lantier.—Os advierto que si esto sigue, vuelvo á tomar soleta; ¡y

esta vez para siempre! ¿No queréis callaros? ¡Buenas noches! ¡me vuelvo al sitio de donde he venido!

Había tomado ya su sombrero de encima de la cómoda. Pero Gervasia se abalanzó, balbuceando:

—¡No, no!

Y sofocó las lágrimas de los niños á fuerza de caricias. Besaba sus cabellos y los volvía á arropar, prodigándoles tiernas palabras. Calmados los niños, en seguida, sonriéndose, reclinados sobre la almohada, se entretenían en pellizcarse. Entre tanto, el padre, sin ni siquiera quitarse las botas, habíase tendido sobre la cama muerto de fatiga, marmórea la faz por una noche pasada en claro. Sin dormirse, con los ojos completamente abiertos, recorría la habitación.

—¡Qué limpio está esto!—murmuró.

Y luego, después de haber contemplado un instante á Gervasia, añadió malignamente:

—¿No te lavas ya la cara?

Gervasia sólo tenía veintidós años; era alta, un poco delgada, con rasgos delicados, aunque ajados ya por las rudezas de la vida. Despeinada, en chancas, tirando bajo su camisola blanca donde los muebles dejaran algo de su polvo y de su grasa, parecía envejecida en diez años por las horas de angustia y de lágrimas que acababa de pasar. La pregunta de Lantier, la sacó de su actitud miedosa y resignada.

—Eres injusto—dijo animándose.—Bien sabes que hago cuanto puedo. No es culpa mía si hemos venido á parar á este sitio... Quisiera ver qué harías tú, con los dos chicos en una habitación donde ni siquiera hay un mal hornillo para calentar el agua... Más hubiera valido, cuando llegamos á París, en vez de comernos tu dinero, establecernos desde luego, como me ofreciste.

—¡Dime!—gritó Lantier,—¿no me has ayudado tú á comerlo? y ¿ahora se te ocurre echármelo en cara? Mas Gervasia, aparentó no oírle, y continuó:

—En fin, un poco de ánimo, todavía podemos salir del atolladero... Anoche he hablado con la señora Fauconnier, la lavandera de la calle Neuve; dice que el lunes empezará á darme trabajo. Si tú consigues colocarte en casa de tu amigo, en la Glaciere, nos ponemos

á flote antes de seis meses, el tiempo necesario para equiparnos y alquilar un rincón en cualquier parte, donde nos hallemos en nuestra casa... ¡Oh! será preciso trabajar, trabajar...

Lantier se volvió de cara á la pared, con aire de aburrimiento. Entonces Gervasia, exasperada:

—Sí, sí; ya sé que no te morirás trabajando. La ambición te domina; quisieras vestir á lo señorito y pasear mujerzuelas vestidas de seda ¿verdad? Ya no me encuentras de tu gusto, después de haberme obligado á llevar todas mis ropas al Monte de Piedad... ¡Vaya, Augusto! no quería hablarte de ello todavía; habria tenido paciencia: sé dónde has pasado la noche: te he visto entrar en el «Gran Balcón» con esa arrastrada Adela. ¡Ah! ¡qué bien las eliges! ¡á fe que la tal es limpia! razón tiene dándose aires de princesa. Todos los parroquianos del restaurant se han acostado con ella.

De un salto lanzóse Lantier al suelo. Sus ojos habían adquirido un tinte negro en su verdosa faz. En este hombrecillo la cólera anunciaba tempestad.

—¡Sí, sí; con todos los del restaurant!—repitió Gervasia.—La señora Boche va á ponerlas en la calle, á ella y á la desvergonzada de su hermana, porque siempre tienen en la escalera una cola de hombres.

Lantier alzó los puños; después, resistiendo á la necesidad de pegarle, la cogió de los brazos, la sacudió violentamente, tirándola sobre la cama de los niños que empezaron de nuevo á vociferar. Y volvió á tenderse tartamudeando, con la expresión feroz del hombre que toma una resolución, ante la cual todavía vacilaba:

—No sabes lo que has hecho, Gervasia... Ya te arrepentirás.

Durante un breve rato los niños sollozaron. Su madre, encorvada á orilla de la cama, los estrechaba en un mismo abrazo, y repetía esta frase, una y veinte veces, con monótono acento:

—¡Ah! ¡si no estuviérais aquí vosotros, pobres hijos míos!... ¡si no estuviérais aquí!... ¡si no estuviérais aquí!

Tranquilamente tendido, fijos los ojos en el jirón

de desteñida colgadura, Lantier no la escuchaba, preocupado en una idea fija. Así pasó cerca de una hora, sin ceder al sueño, á pesar de la fatiga que sobre sus párpados pesaba. Cuando se volvió, apoyándose sobre el codo, pintadas en su faz la dureza y la resolución, Gervasia concluía de arreglar el cuarto. Hacía la cama de los niños, á los cuales acababa de levantar y vestir. La vió dar una escobada y limpiar los muebles; y sin embargo, la habitación continuaba negra, lamentable, con su techo ahumado, su papel despegado por la humedad, sus tres sillas y su cómoda desvencijadas, donde la grasa se aferraba y exhibía cual mofándose de la limpieza.

Luego, en tanto que Gervasia se lavaba la cara, después de haber alisado sus cabellos ante un espejillo, redondo, colgado de la falleba, que le servía para afeitarse, examinaba Lantier sus brazos desnudos, su cuello también desnudo, todas las desnudeces que la joven mostraba, cual si en su espíritu se estableciesen comparaciones. Hizo con los labios una mueca de desdén. Gervasia cojeaba de la pierna derecha; mas no se le notaba sino los días de gran faena, cuando se abandonaba, molidas las caderas. Aquella mañana, destrozada por la mala noche, arrastraba la pierna, y se apoyaba en la pared para andar.

Reinaba el silencio, ni una palabra se había vuelto á cruzar entre ellos. El, parecía esperar. Ella, royendo su dolor, esforzándose en aparentar un aire indiferente, se daba prisa. Notando que hacía un lío con la ropa sucia echada en un rincón, detrás de la maleta, despegó por fin los labios él, preguntando:

—¿Qué estás buscando?... ¿A dónde vas?

Gervasia no respondió en seguida. Luego, cuando él reiteró su pregunta, furiosamente, decidióse:

—¿No lo ves acaso?... Voy á lavar todo esto... Los chicos no pueden vivir entre cazcarria...

Dejóla recoger dos ó tres pañuelos. Y al cabo de un nuevo silencio, añadió:

—¿Tienes dinero?

Bruscamente Gervasia incorporóse, mirándole fijamente, sin soltar las camisas sucias de los chicos que tenía en la mano.

—¡Dinero! ¿de dónde quieres que lo haya robado? Ya sabes que anteayer me dieron tres francos del empeño de mi falda negra. Desde entonces hemos almorzado dos veces. ¡Y no se gasta poco en la tocinería!... No, sin duda; no tengo dinero. No tengo más que cuatro sueldos para el lavadero... No lo gano yo como ciertas mujeres...

Lantier no se paró en esta alusión; había bajado de la cama, y revistaba los pocos guñapos que pendían de la pared. Por fin, descolgó el pantalón y el chal, abrió la cómoda, añadió al paquete dos chambras y una camisa de mujer; después, echando el lío sobre los brazos de Gervasia:

—Toma, lleva eso al «quitamanchas».

—¿Quieres que lleve también los niños allí?—preguntó la joven.—¡Ah! ¡si prestaran algo por las criaturas, no sería poca ganga!

Y sin embargo, se dirigió hacia el Monte de Piedad. De regreso, á la media hora, puso una moneda de cinco francos sobre la chimenea, reuniendo la papeleta con las demás entre los dos candeleros.

—He ahí lo que me han dado. Yo pedía seis francos, mas no ha habido medio de lograrlo. ¡Oh! no se arruinarán... ¡Y siempre se encuentra aquello lleno de gente!

No cogió Lantier inmediatamente la moneda. Hubiera preferido que la hubiese cambiado en sueldos Gervasia, para dejarle algo. Decidióse, empero, á meterse en el bolsillo del chaleco, al advertir, en la cómoda, un trozo de resto de jamón, envuelto en un papel, y una rebanada de pan.

—No he ido á casa de la lechera, porque le debemos la cuenta de ocho días—continuó Gervasia.—Pero pronto estaré de vuelta, tú bajarás á comprar pan y unas cuantas chuletas empanadas, durante mi ausencia, y luego almorzaremos... Tráete también un litro de vino.

Lantier no replicó. Parecía restablecerse la paz. La joven completaba el lío de ropa sucia. Mas cuando quiso coger las camisas y los calcetines de Lantier del fondo de la maleta, le ordenó éste que lo dejara.

—¡Deja mi ropa! ¿oyes? ¡no lo quiero!

—¿Qué es lo que no quieres?—preguntóle ella incorporándose.—¿Creo que no pensarás volverte á poner estas porquerías? hay que lavarlas.

Y mientras hablaba, examinábale, inquieta, encontrando en su rostro de lindo mozo la misma dureza, cual si nada, en lo sucesivo, debiese doblarse. El se enfadó, le arrancó de las manos la ropa, arrojándola en el baúl.

—¡Rayos de Dios! ¡obedéceme de una vez! ¡cuando te digo que no quiero!

—Pero ¿por qué?—repuso ella, palideciendo; herida de una sospecha terrible...—En este momento no necesitas tus camisas, no has de salir... ¿qué te importa, pues, que me las lleve?

Vaciló Lantier un momento, molestado por las ardientes miradas que en él fijaba Gervasia.

—¿Por qué? ¿por qué?—tartamudeó...—¡Pardiez! para que vayas diciendo por todas partes que me mantienes, que me lavas, que recoses mi ropa. ¡Pues bien! ¡eso me fastidia! Cuida de tus cosas, que yo cuidaré de las mías... Las lavanderas no trabajan para los perros.

Gervasia suplicó, negó haberse quejado vez alguna; mas él cerró brutalmente el baúl, sentóse encima y le gritó: ¡No! en la faz. ¡Era muy dueño de lo que le pertenecía! Después, para escapar á las miradas con que le perseguía la joven, volvió á tenderse en la cama, diciendo que tenía sueño, y que no le devanase más los sesos. Esta vez, en efecto, pareció dormirse.

Permaneció indecisa un momento Gervasia. Tentaciones dábanle de pegar un puntapié al lío de ropa, sentarse y coser. La respiración regular de Lantier, acabó por tranquilizarla. Cogió la bola de añil y el trozo de jabón, restos de su anterior jabonadura, y acercándose á los niños que tranquilamente jugaban con viejos tapones, junto á la ventana, les besó, diciéndoles en voz baja:

—Que seáis buenos, no hagáis ruido. Papá duerme. Cuando salió de la habitación, las dulces risas de Claudio y de Esteban, resonaban solas en el gran silencio, bajo el negro techo. Eran las diez. Un rayo de sol penetraba por la entreabierta ventana.

Llegada al bulevár, torció Gervasia hacia la izquierda, y siguió la calle Neuve de la Goutte d'Or. Al pasar por delante de la tienda de la señora Fauconnier, saludó con una ligera inclinación de cabeza. El lavadero estaba situado hacia la mitad de la calle, en el sitio en que el empedrado comenzaba á ascender. Encima de un edificio chato, mostraban sus redondeces grises; tres enormes depósitos de agua, cilindros de zinc fuertemente claveteados; mientras que, á espaldas, elevábase el secadero, un segundo piso muy alto, cerrado por todos lados con persianas de delgadas hojas, á través de las cuales pasaba libremente el aire, y que permitían ver la ropa que estaba secándose tendida sobre alambres. A derecha de los depósitos, la estrecha chimenea de la máquina de vapor, lanzaba, con rudo y regular aliento, bocanadas de humo blanco. Gervasia, sin remangarse las enaguas, como mujer acostumbrada á andar entre charcos, penetró por la puerta que estaba casi obstruída con vasijas de legía. Conocía ya á la dueña del lavadero, una mujercita delicada, de ojos enfermizos, sentada en un gabinete cerrado con vidrieras, teniendo ante sí los libros de registro, barras de jabón sobre unos vasares, bolas de añil en frascos, y libras de carbonato de sosa en paquetes. Y, al pasar, pidióle su papeleta y su cepillo, que le había encargado le guardara cuando su anterior lavado. Después, tomó su número de orden, y entró.

Era un inmenso cobertizo, de techo plano, con vigas aparentes, sostenido por columnas de hierro fundido, y cerrado por anchas ventanas claras. Una luz neblinosa pasaba á través del vapor caliente de la colada, suspendido como lechosa niebla. De ciertos lados ascendían humos, extendiéndose, anegando los fondos con un azulado velo. Llovía allí una humedad pesada, sobrecargada de olor jabonoso; y de vez en cuando dominaban soplos más fuertes de legía. A lo largo de las baterías, á los lados del paso central, había filas de mujeres, desnudos los brazos hasta las espaldas, desnudo el cuello, remangadas las enaguas, mostrando medias de color y zapatos gruesos y atados. Golpeaban furiosamente, reían, volviéndose para lanzar una palabra en aquella batahola, inclinábanse hacia el

fondo de sus vasijas, cochinas, brutales, desmadejadas, empapadas como por un chaparrón, enrojecidas y humeantes sus carnes. En torno de ellas, por debajo de ellas, corría un gran arroyo; los cubos de agua caliente volteados y vaciados de un golpe, los grifos de agua fría abiertos manando desde lo alto, las salpicaduras de las paletas, el gotear de las ropas aclaradas formaban pantanos donde pateaban, trocándose en riachuelos que se deslizaban sobre los ladrillos colocados en declive. Y en medio de los gritos, de los golpes cadenciosos, del ruido murmurante de lluvia, de aquel clamor de tempestad apagándose bajo el mojado techo, la máquina de vapor, á la derecha, blanqueada por un leve rocío, jadeaba y roncaba sin cesar, con la danzadora trepidación de un volante que parecía regular la enormidad de aquel alboroto.

Gervasia, entre tanto, seguía despacio el paso central, dirigiendo miradas á derecha y á izquierda. Llevaba su lio colgado del brazo, alta la cabeza, cojeando mucho más en el vaivén de las lavanderas que la codeaban.

—¡Eh! ¡por aquí, hija mía!—gritó la gruesa voz de la señora Boche.

Después, cuando la joven se reunió á ella, colocándose á su izquierda, la portera, que restregaba furiosamente un calcetín, empezó á charlar con cortas frases, sin dejar su tarea:

—Poneos ahí, os he reservado vuestro sitio... ¡oh! no tardaré en estar lista, Boche apenas ensucia su ropa... ¿y vos? tampoco tenéis gran faena ¿eh? No es grande vuestro lio. Antes de medio día habremos concluido, y podremos irnos á almorzar... Antes daba yo mi ropa á una lavandera de la calle Poulet; pero me lo destrozaba todo con su cloro y sus cepillos... Así todo queda en casa... No hay más gasto que el jabón... Esas camisas deberíais haberlas echado en la colada... Los chiquillos, ¡á fe! diríase que tienen hollín en el trasero.

Gervasia deshacía su lio, extendía las camisas de niños; y como la señora Boche le aconsejase que tomara un cubo de legía, respondióle;

—¡Oh! no, bastará el agua caliente... ya estoy acostumbrada á ello.

Había entresacado la ropa, poniendo á un lado las prendas de color. Luego, después de haber llenado su vasija con cuatro cubos de agua fría, tomados del grifo, que detrás de ella estaba, sumergió el montón de ropa blanca; y levantando sus faldas, recogiólas entre sus muslos, se metió en un cajón colocado á sus pies y que le llegaba hasta el vientre.

—¿Con que estáis acostumbrada, eh?—repetía la señora Boche.—Erais lavandera en vuestro pueblo ¿verdad, hija mía?

Gervasia, remangadas sus mangas, mostrando sus hermosos brazos de rubia, jóvenes todavía, apenas sonrosados en los codos, comenzaba á restregar su ropa. Acababa de extender una camisa sobre la angosta tabla de la batería, roída y blanqueada por el roce del agua; frotábala con jabón, la volvía, la frotaba del lado opuesto. Antes de contestar, empuñó su paleta, púsose á golpear, gritando sus frases y acentuándolas con golpes rudos y cadenciosos.

—Sí, sí, lavandera... A los diez años... Hace ya doce... ¡bamos al río... Olía mejor que aquí... Había un rinconcito debajo de los árboles, con el agua clara corriente... ¿en Plassans, sabéis?... ¿No conocéis Plassans?... cerca de Marsella.

—¡Qué barbaridad!—exclamó la señora Boche, admirada de la rudeza de los golpes de paleta;—¡vaya una hembra! ¡con sus bracitos de señora sería capaz de aplastar el hierro!

La conversación continuó en alta voz. A veces la portera se veía obligada á inclinarse para oír mejor. ¡Toda la ropa blanca fué paleteada, y de firme! Gervasia la sumergió de nuevo en la cuba, y la sacó pieza por pieza para jabonarla una segunda vez y cepillarla. Con una mano, sujetaba la ropa sobre una tabla; con la otra, armada del cepillo, sacaba una espuma sucia que caía formando chorros de baba. Entonces, al leve ruido del cepillar, reuniéronse y hablaron con mayor intimidad.

—No, no estamos casados—decía Gervasia.—No lo oculto. Lantier no es tan bueno que inspire á una